

algo extraño, impuesto, postizo, y no como un brote natural del pueblo, observa más el proceso de las extrañas influencias que el hondo desarrollo del espíritu.

Y por todo lo que observa en el gobierno de su jurisdicción, por el ambiente de las gentes, el error de las reformas metropolitanas, la desviación constante de la misión histórica de España, por todo ello, considera inevitable el hecho de la emancipación, y él es contrario a ella, no por adjetivas circunstancias de cargo o de momento, sino por muy hondas razones de doctrina; él observa que su estructura y pensamiento sufren en la misma España mengua y alteración desgraciadas y que el futuro e incontrastable cambio político significa, si se observa la causa, una muy seria variante en la interpretación de la organización social.

No admite el separatismo de Riva-Agüero, ni el llamado centrismo de Baquíjano, él quiere y persigue la intangible permanencia del tradicional sistema político hispánico y le repugnan, por falsas e interesadas, las reformas que reconocen los principios y otorgan concesiones, para él inaceptables.

En esta oposición del Virrey a toda reforma, en su altiva intransigencia española, en su repudio a la Constitución Gaditana y a la libertad de imprenta, y en el dolor que le causa el observar al Monarca sometido a fuerzas políticas que nunca admite, es donde se hallan las razones por las cuales no se puede concebir al Virrey Abascal al lado de Baquíjano o de cualquiera otro reformista. Los separa no sólo una idea política, es una concepción de la vida que se actualiza en planos íntegramente contradictorios.

Nuevas y muy interesantes reflexiones pueden suscitar la lectura y meditación de la Memoria de Gobierno del Virrey Abascal, pues, a la muy lógica aclaración de su obra de gobierno se unen consideraciones esenciales sobre el término de la dominación española en el Perú.

**José Agustín de la Puente Candamo.**

### **LA MEMORIA DE PEZUELA**

**MEMORIA DEL GOBIERNO DEL VIRREY DON JOAQUIN DE LA PEZUELA (1816-1821)** Publicada por Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena.—Publicación de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla.—Sevilla, 1947.

Importantísima contribución presta a la historia de la emancipación peruana y americana, la publicación de la Memoria del Virrey

Pezuela, que acaban de hacer en fecunda colaboración hispano-americana, libre ya de las suspicacias de la lucha, el profesor español Vicente Rodríguez Casado y el peruano Guillermo Lohmann Villena. En realidad, no se trata de la Memoria administrativa del Virrey, dividida en ramos de Gobierno, como era práctica y obligación legal de los Virreyes presentar al término de su mandato a su sucesor y al Consejo de Indias, sino que es, más bien, un diario militar y político llevado por el Virrey en el que se anotan, en forma sucinta, y a título de apuntes para la Memoria final de su período, los acontecimientos que fueron sucediéndose en los cinco agitados años del Gobierno de Pezuela, precipitados hacia la pérdida final de la última y más poderosa colonia española en América del Sur.

Epoca de tanta trascendencia y dramatismo, de tan decisiva importancia para el porvenir de la nacionalidad era principalmente conocida por el testimonio, necesariamente unilateral, de actores y testigos apasionados, como tuvieron que ser el impetuoso y atrabiliario almirante Cochrane, el más formidable enemigo y hostigador de Pezuela en las costas del Virreynato, y el General español Andrés García Camba, miembro del club sedicioso y liberal, que frustró los planes militares de Pezuela, le arrastró más aceleradamente a la derrota y le depuso, por último, en el deplorable cuartelazo de Asnapuquio. En estas fuentes inmediatas, pero imprescindiblemente teñidas de rencor o de incomprensión, debieron beber los historiadores peruanos de la emancipación, como Mendiburu y Paz Soldán, el acucioso y romántico historiador chileno Vicuña Mackenna o los biógrafos de Pezuela como Carrasco y Sayz. El punto de vista del Virrey, conocido ya en parte por la publicación de su manifiesto y los documentos revelados por su hijo, surge ahora a luz, con la actualidad palpitante que brota del diario de Pezuela, no obstante la frialdad y parsimonia del decoroso militar y funcionario que fué el vencedor de Viluma.

El documento publicado como Memoria de Pezuela es una copia contemporánea del diario del Virrey, autenticada por el Secretario del Virreynato don Toribio de Acebal, y corregida y anotada por su autor, la que fué obsequiada al gran polígrafo español Menéndez y Pelayo por la marquesa de Viluma. Según los editores de la Memoria, acompañan a esta, en la biblioteca santanderina del maestro, numerosos cuadernos de documentos impresos y manuscritos que contienen la correspondencia del Virrey con San Martín y con La Serna, los papeles relativos a la conferencia de Miraflores y las actas de la Junta de Guerra que funcionaba en la capital del Virreynato, para decidir las medidas militares que convenía adoptar frente a los alzamientos de Chile, de Bogotá o de Quito. La publicación de estos documentos sería indispensable para una exacta y cabal comprensión de la época.

El Diario de Pezuela demuestra la constante y previsora preocupación de Pezuela por salvar el Virreynato agónico que le había sido entregado por Abascal y su actitud en todo momento vigilante y certera frente a los pronunciamientos de Chile y al avance arrollador de las revoluciones del Sur y del Norte. No coincido con los prologuistas en achacar a Pezuela errores fundamentales de táctica, como el de haber prestado principal atención a la lucha en el Alto Perú, con descuido del factor en ese momento principalísimo de Chile y en haber seguido al pié de la letra la política de Abascal, ya necesariamente caedua por la marcha violenta de los acontecimientos. El plan militar de Pezuela, de llevar la ofensiva a Chile y de bloquear al ejército de San Martín y a las naves de Cochrane en el propio Valparaíso, pudo darle el triunfo e impedir la acción expansiva de la revolución argentina y chilena, si se cumple lealmente por los colaboradores de Pezuela y si no se hubiesen confabulado contra éste todas las calamidades y las fuerzas fatales de la historia que se desencadenaron entonces. No obstante la falta de colaboración del gobierno español, del fracaso de la expedición de Cádiz dirigida por el conde del Abisbal, de la retención por Morillo en el Istmo de los exiguos contingentes militares que se le enviaron de España, de la desobediencia de la Serna y de los generales del Alto Perú, de la falta de recursos pecuniarios, de víveres y de armas y de la sedición latente en todas las clases y lugares del Virreynato, Pezuela llevó adelante su porfiado e inútil plan de resistencia enviando a Chile la expedición de Osorio, que tuvo en sus manos el triunfo por unos momentos, con la dispersión de los patriotas en Cancharayada y la huida de San Martín y O'Higgins a Santiago, que culminó inesperada e injustamente para el Virrey, con la reacción de los insurgentes y el brillante contragolpe de Maipú, debido a factores incontrolables para él, como fueron la insubordinación de los coroneles Primo y Morgado, que no obedecieron la orden de ataque cuando Osorio y el resto de las fuerzas se habían lanzado al combate y habían arrollado a la infantería patriota.

Pezuela no descansa un momento, ni aún después de Maipú, que fué la más clara señal de su desastre definitivo, en organizar la resistencia, en requerir la colaboración de los militares, de los españoles adinerados, de las altas clases y de todas las fuerzas de la reacción para obtener dinero, creando nuevos arbitrios o donativos y para aumentar las fuerzas militares adiestrando diariamente nuevos cuerpos de milicias y promoviendo la lealtad con constantes recompensas, estímulos y ascensos. Ante esa actividad diligente y honrada, llevada a cabo con un escrupuloso sentido de su responsabilidad, surge fatal e inevitable el sentido histórico de los acontecimientos que dá a todos

los sucesos de entonces una lúgubre sensación de epílogo. Pezuela no se engaña un momento sobre el resultado final aunque esté decidido a cumplir con su deber hasta lo último. Así apunta sucesivamente en su Diario, con estoica resignación, la pérdida de Santa Fé o el "desgraciado suceso de Maipú" que le comunica con flemática sorna el agente norteamericano Prevost o recibe la noticia del "infame convenio" entre los gobiernos insurgentes de Buenos Aires y Chile para organizar una expedición contra el Virreynato de Lima. Ante la Junta de Guerra, reunida en su propio Palacio, expuso ya en Julio de 1818, "lo aventurada que estaba Lima y la pérdida infalible de la América del Sur si esta se perdía".

Los prologuistas con excesiva modestia sobre su hallazgo histórico o demasiado rigor crítico, declaran que no hay en las apuntes de Pezuela ninguna revelación que pueda considerarse como una novedad histórica. Yo hallo, sin embargo, inúmeros aportes esenciales para una estimativa de la época. En primer lugar la del ambiente del Virreynato que se va recogiendo gota a gota, en las diarias impresiones del Virrey sobre la infidelidad creciente de los habitantes, la positiva adhesión al Rey de las ceremonias oficiales, la conspiración latente en todos los ánimos que obliga al propio Virrey a salir embozado por las noches a las calles de Lima para hurgar las conversaciones de esquinas y cafés, la presencia sospechosa de goletas y bergantines ingleses y norteamericanos, portadores de mensajes y noticias desastrosas, el ambiente creciente de delación y sospecha producido por la presencia de agentes y emisarios secretos y por el descubrimiento de motines y conspiraciones incesantes. Entre estas notas destacan como las más reveladoras las que se refieren a la actitud inglesa y norteamericana frente a la independencia sudamericana que el Virrey califica de dúplice y desleal, porque vendían armas a ambos contendientes y azuzaban la rebelión, y las que se refieren a la decisión de los peruanos por su independencia y al papel que le cupo a los más decididos conspiradores limeños frente al Virrey y a San Martín.

Entre todas las aportaciones me parece la más sustantiva la del efecto que producen en el Virrey las maniobras de los patriotas limeños para conectarse con los agentes de Cochrane y de San Martín. No obstante de que Pezuela es sumamente parco en la anotación y apreciación de los hechos civiles, obsesionado únicamente por el registro de los efectivos militares, la llegada de barriles de pólvora y cartuchos o de carnes saladas y galletas y las diarias entradas y salidas de buques, se vé obligado al fin a conceder algunas líneas a los conspiradores limeños cuya cabeza indiscutible es Riva-Agüero, a la sedición del Callao de Espejo y a los pronunciamientos de las ciudades del norte

del Perú que se producen a la llegada de San Martín. Teniendo delante los apuntes del Virrey no puede negarse la primacía de Riva Agüero entre los precursores de la patria. El Virrey descubre que era Riva Agüero el principal córresponsal de los insurgentes chilenos y argentinos en Lima. Señala a Riva Agüero, al teniente de navío Cortés y al clérigo Cayetano Requena como los más peligrosos entre "los bribones que hay en esta capital" en 1819 y como sujetos a los que debería observarse al conde de la Vega, al marqués de Monte Alegre, a los padres Carrión y Tagle, a don Manuel Pérez de Tudela, al médico Pezet y a otros. Como señal de su importancia y peligrosidad se ordena el destierro de Riva Agüero y Cortés a España y su confinamiento momentáneo a Tarma. Se descubre que Riva Agüero estuvo preso durante toda la etapa de las correrías de Cochrane y más tarde se le acusa de estar entre los malvados ejecutores de un levantamiento de Lima con asesinato del Virrey en unión de Remigio Silva y de otros conspiradores.

En la parte relativa a los pronunciamientos de ciudades peruanas son importantes las noticias que trae el Diario de Pezuela sobre la revolución intentada en Arequipa en setiembre de 1820, encabezada por los oficiales Villalonga, Zamora y Salgado y el civil don Manuel Rivero y los datos que ofrece sobre la exaltación libertaria de las provincias del Norte y la proclamación de la independencia en Supe, Huacho y Huaura. Los indios de Huacho, y de Huaura de Supe y la Barranca se decidieron por los insurgentes, acogieron a los espías de San Martín y proporcionaron víveres a las naves de Cochrane. No deja de tener interés, no obstante su carácter episódico la noticia, a mi modo de ver inédita, de que el pueblo de Supe, en cabildo abierto, en el mes de abril de 1819, encabezado por don Andrés Reyes y el clérigo don Cayetano Requena, juró la independencia y su adhesión a las banderas de la patria, más de un año antes de que lo hicieran Ica, Lambayeque, Trujillo y Piura, ciudades a las que se considera hasta hoy como las primeras en adherirse a la causa de la independencia.

Podrían anotarse, a pesar del laconismo del Virrey, muchas otras observaciones sobre cosas y personajes de la época: las sombrías reuniones de la Junta de Guerra en Palacio, donde apuntaba la sorda ambición de la Serna, la escena de la jura de la constitución en 1820, cuando San Martín está a las puertas de Lima y no logra exaltarse ya la fidelidad de los súbditos criollos y mestizos, aunque el Oidor Osma eche unas cuantas onzas de oro a la multitud que sólo producen el entusiasmo de los negros, hasta el día del "inaudito motín" que obligó a Pezuela a retirarse al pueblo de la Magdalena, escoltado su coche por ocho hombres de su guardia y el Coronel don Juan Lóriga que estaba enamorado de su hija.

Es difícil caracterizar la personalidad y el gobierno de Pezuela a través de una primera lectura de su Diario, sin confrontarlo con otros documentos y versiones, pero se puede recoger la impresión de un espíritu ecuaníme y sagaz, educado en el culto de la lealtad militar y monárquica, algo lento en la ejecución, pero firme en sus convicciones y perseverante en la acción a quien, si algún cargo cabe hacer, no es el de la falta de diligencia como gobernante, sino acaso el de una tolerancia muy recomendable en épocas de paz civil pero indiscutiblemente perjudicial en épocas de lucha y de inquietud social. Acaso, si su falta no estuvo en errores tácticos discutibles, sino en su falta de sensibilidad para el aspecto moral e ideológico de la revolución que se le escapaba de entre las manos y que acaso percibieron hombres que aparecen en la penumbra del Palacio del Virrey como don Manuel Pardo, que analizó este estado de ánimo en su informe sobre la revolución de Pumacahua. Pezuela no presta atención a la ebullición intelectual de los ánimos criollos. No hay una sola nota en su Diario sobre el ambiente universitario, ni sobre la visita del Oidor Pardo al Colegio de San Carlos, ni la menor referencia a la clausura de dicho centro de enseñanza el día en que lo cerró por las sospechas de la enseñanza revolucionaria que en él daba don Toribio Rodríguez de Mendoza.

El Diario debe estimarse, principalmente, para la reconstrucción de la lucha militar, en mar y tierra, entre las tropas del Virrey y los insurgentes de Buenos Aires, Chile y Quito así como para las acciones entre la escuadra de Cochrane y las naves del Virrey y el bloqueo de Lima por San Martín en 1820, así como para la acción recelosa y desorientada del poder virreynal contra la quinta-columna del patriotismo limeño. El principal antagonista de Pezuela es Cochrane a quien el Virrey llama, en las primeras páginas de su Diario, el aventurero Lord Cochrane, moteja en otras de pirata, de quien dice, con intención de ridiculizarlo, que le envió una "intimación quijotesca" para que se batieran sus dos escuadras, pero al que no puede negar un epíteto de admiración al recibir la noticia de que se había apoderado de la fragata "Esmeralda", dentro de la bahía del Callao y bajo la protección de las fuerzas del Real Felipe, en la madrugada del 6 de noviembre de 1820, en que doliéndose de la arrogancia del inglés, le llama "este intrépido y hábil Almirante".

Por todas estas contribuciones cabe felicitarse de la publicación de tan importante documento histórico, cuyo hallazgo y exhibición viene a acreditar más la labor historiográfica desarrollada por los profesores Rodríguez Casado y Lohmann Villena.